

tintivos de su grandeza, vistióse una túnica de color oscuro que había trabajado ella por sus propias manos y estaba bendecida por los obispos; dispuso que la cortasen el pelo, y cantando las oraciones señaladas para la consagración solemne de las vírgenes, recibió de los sagrados ministros el velo y el anillo. Vivió nueve años en este monasterio, siempre en la clase de simple religiosa, y como si fuese la más inferior de las monjas, temiendo la ostentación aun en el ejercicio de la humildad, consagrándose al trabajo de manos, como si lo practicase por necesidad y apropiándose aquellas palabras

del Apóstol: *el que no trabaja no debe comer.* Murió consumida de las abstinencias y penitencias (1058), y la dieron sepultura en Bamberg al lado de su santo esposo habiendo ella prohibido, por un efecto de su humildad, que así en el funeral como en el sepulcro le hiciesen la menor distinción. Las ofrendas de los enfermos que recobraron la salud en su tumba la condecoraron con más honrosos trofeos; y acumuláronse en tanto grado las pruebas de sus heroicas virtudes, que la Iglesia la colocó en el número de los Santos en el año 1200 (1).

LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte del emperador San Enrique en el año de 1024, hasta la consumación del cisma de los griegos en el de 1054.

Falleció el Papa Benedicto VIII en el mismo año, y según la cronología más exacta, en el mismo mes que el emperador San Enrique, es decir, á últimos de julio del año de 1024. Sucedióle su hermano Juan XIX, hombre secular, senador, cónsul y duque de Roma (1), que probablemente fué encumbrado al sòlio pontificio en el discurso del mes de agosto siguiente. Afirman algunos escritores contemporáneos que su elección fué obra del soborno: lo que quizá carece de otro fundamento que la sed del oro, atribuida por estos autores al pueblo romano, en el que, si hemos de darles crédito (2), parece que esta pasión, reina del universo,

había fijado la capital de su imperio. Como quiera que sea, lo cierto es, que se propagó demasiado este rumor vergonzoso, causando tal impresión en los griegos, que osaron proponer al nuevo Pontífice un tráfico de la misma especie. Puesto de acuerdo con el emperador Basilio el patriarca de Constantinopla Eustacio II, pretendió comprar á Juan XIX el título de obispo universal en la iglesia de Oriente; título que habían negado siempre los Papas á sus predecesores. Envió diputados á Roma, y les dió regalos preciosos, así para el Pontífice como para los romanos que se declarasen favorables á

(1) Papebr. conat.; Chron. Cass. lib. 11, cap. 37.
(2) Hug. Flav. Chron.

(1) Act. Bened. Saec. VI, pag. 458; Bolland. die 3 mart. t. 6, p. 266.

su pretensión (1). Pero no fué posible manejar con tanto secreto este negocio que no llegase á traslucirse algo en público y bastó el solo temor de semejante iniquidad para alarmar hasta en Francia á muchos hombres llenos de celo por la verdadera gloria de la Iglesia romana.

El beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, y natural de Italia, donde había sido discípulo de San Mayeul, desplegó el más loable celo por conservar el honor de la eminente Cátedra en que consistía más el glorioso esplendor de su patria (2). Este celador de la disciplina religiosa llamado *Reglaviva* á causa de su vigilancia y de su exactitud egemplar, con la que restableció la regularidad en cuarenta comunidades que comprendían mil doscientos monges sujetos á su obediencia, hablaba á los soberanos con tanta franqueza como á sus religiosos y con el valor y resolución que inspira la virtud heroica. Dijo un día al rey Roberto y á la reina su esposa, que estaban inconsolables por la muerte de su hijo primogénito, que él tenía por feliz á aquel príncipe jóven y virtuoso que había muerto antes de ocupar el trono, pues no encontraba estado más peligroso para la salvación que el de los reyes. Y pareciéndole que estas palabras ofendían á los que no estaban acostumbrados á tanta franqueza, añadió para darles más fuerza: «No habeis leído alguna vez en los libros sagrados, que de treinta reyes apenas existen tres buenos? Dejad pues de llorar á un hijo que debía reinar algún día; antes bien alegraos de que descanse en paz.»

Quando llegó á noticia de este varón intrépido lo que se urdía en Roma, escribió al Papa de un modo muy enérgico, aunque sin faltar al debido respeto. «El Doctor de las naciones, le dijo, nos avisa que no re-

prendamos con dureza á las personas constituidas en dignidad; pero también añade: *Si soy insensato, vosotros me habeis obligado á serlo.* Somos á la verdad vuestros hijos, y debemos venerar á nuestro padre. Mas el amor filial es el que nos impulsa á interesarnos por vuestra gloria, y el que por nuestra boca os presenta por modelo á aquel de quien sois Vicario. No rehusaba el Hijo de Dios preguntar á sus discípulos qué pensaban de él. Preguntad del mismo modo á vuestros hijos más queridos, á algunos de vuestros amigos íntimos lo que se opina de vos. Se dice públicamente que los griegos han conseguido lo que por un mero afecto de vanidad han pedido á aquel que, á pesar de la división del imperio romano entre muchos potentados, conserva todo el poder primitivo de atar y desatar. Sabed que este rumor escandaloso tiene llenos de amargura á todos los que están dotados de alguna virtud.» El asunto no había llegado al extremo que creían en Francia, pues ni el Papa había concedido todavía nada á los griegos, ni lo otorgó en lo futuro; y parece que después de haber recibido esta epístola adquirió un nuevo grado de firmeza y de circunspección.

La vigilancia de los prelados franceses dióse á conocer de un modo no menos brillante en el Concilio celebrado en el año 1025 en un lugar llamado Ansa, distante algunas leguas de Lyon (1). Gauzlin de Macon se quejó de que Burcardo de Viena había ordenado sin su consentimiento á unos religiosos en el monasterio de Cluny, que era de la diócesis de Macon. Respondió el arzobispo de Viena en estos términos: «El abad Odilon que está presente, y me suplicó que confiriese aquellas órdenes, se halla en estado de establecer su legitimidad.» Odilon se levantó, y presentó un privilegio obtenido del Papa, en que se concedía á los mon-

(1) Glab. lib. 6 hist. cap. 1.

(2) Vit. Guill. Act. SS. Bened. saec. VII.

(1) Tom. 9 Concilior. pag. 869.

ges de Cluny esención de la jurisdicción del obispo diocesano, y se les daba libertad para llamar al obispo que quisiesen, á fin de conferir en su monasterio las órdenes y hacer las consagraciones. Es probable que este privilegio fuese de los que habian sido falsificados y de los cuales se veían tantos en aquel siglo; por lo menos los obispos le examinaron y le desecharon porque le creyeron apócrifo; lo cual no impidió que despues fuese recibido en Chalons, en atención á que, si bien en él se hacia una escepcion del derecho comun, se reconocieron entonces en él los caracteres de autenticidad. Con efecto, este privilegio se vió despues confirmado de un modo auténtico en el año 1049 por San Leon IX, cuya bula está dirigida al abad Hugo, el cual la presentó en 1063 á los PP. de Chalons. Ahora bien; los católicos que miran á la Iglesia como una monarquía, no pueden negar al Soberano Pontífice, sin ser inconsecuentes, el derecho que el Papa tiene de explicar las leyes ó los cánones, de restringirlos ó de dispensar de ellos cuando juzga que de ello resulta un bien. Que la jurisdicción de los obispos venga inmediatamente de Jesucristo ó que venga del Romano Pontífice, ello es necesario reconocer que de tal modo depende de este último que, segun confiesan todos los católicos, puede por su plena autoridad restringirla y aun anularla por legítimos motivos. San Leon al aprobar el Concilio de Calcedonia, citado por el de Ansa, dijo formalmente que solo aprobaba y confirmaba en él aquellas cosas á que él habia dado su asentimiento y para las cuales habia reunido aquel Concilio, de acuerdo con los príncipes cristianos, es decir, para la causa de la fé. A esto, dijo, se reduce mi definicion. Despues por la plenitud de su autoridad anuló el canon hecho por los 518 PP. de aquel Concilio en favor de Constantinopla y en perjuicio de las Si-

llas de Alejandria, de Antioquia y de Jerusalem. Y si San Leon tuvo esta autoridad y eso que se trataba de unas cosas acordadas en un Concilio ecuménico, ¿por qué se ha de querer privar de ella á sus sucesores por la declaracion de los doce obispos de Ansa?

Entretanto algunos sectarios semejantes á los que habian sido castigados en Orleans, se habian introducido en muchas diócesis por la negligencia de los prelados. Uno de estos se habia limitado á despedirlos absueltos porque no habian confesado sus dogmas impíos. Obrando asi, le escribia Gerardo de Cambray, habeis encerrado al lobo en el aprisco, y puesto á esos falsos doctores en disposicion de hacer mucho mas mal que antes; era preciso hacerles profesar y suscribir las verdades contrarias á las abominables impiedades de que se les acusa. Gerardo, que habia sido educado en la escuela de Reims, al lado de Adalberon, y que por su celo y sus talentos habia sido reputado digno de que, haciéndose una escepcion á lo prescrito por los cánones, gobernase las dos iglesias de Cambray y de Arras, procedia con mas vigilancia y mejor éxito, como se vé por el sínodo de Arras (1025) (1). Sabedor de que algunos pretendidos reformadores trataban de corromper su pueblo, les instó con sus preguntas de tal manera que les habria hecho confesar la fé católica si ellos la hubieran tenido en su corazon; pero adivinando por sus ambiguas respuestas todo lo que ellos querian ocultar, los hizo arrestar, y mandó á su clero y á los monges de su diócesis ayunasen al dia siguiente á fin de alcanzar de Dios la conversion de aquellos desgraciados. Al otro dia que era domingo, tuvo un Sínodo solemne en su catedral, donde les hizo comparecer, y despues de haberles he-

(1) *Synod. Attrebat. l. 13 Spicil.*

cho confesar sus errores, pronunció un discurso en que fueron estensamente refutados. En él demuestra la necesidad del bautismo y aun su utilidad para los niños. Y como aquellos hereges pretendian que la mala conducta de los ministros les impide procurar la salvacion de los niños, contesta que la indignidad del ministro no perjudica al Sacramento, porque el Espíritu Santo es quien obra, y porque Judas bautizaba como los demas Apóstoles. Explica despues la naturaleza y propiedades de la Eucaristia, y dice asi: «Cuando el pan y el vino mezclado con agua son consagrados en el altar por la cruz y por las palabras del Salvador de un modo inefable, se convierten en el verdadero y propio Cuerpo, en la verdadera y propia Sangre de Jesucristo, aun cuando parezcan otra cosa á los sentidos; porque no se ve mas que pan material, y sin embargo es realmente el Cuerpo de Jesucristo, asi como nos lo asegura espresamente la verdad misma en estas terminantes palabras: *Este es mi Cuerpo* etc. Pero, añade, ¿cómo el Cuerpo del Salvador está presente á la vez en tantas iglesias, y se distribuye todos los dias á tantas personas, y sin embargo permanece siempre el mismo? Para responder á esto os pregunto yo: ¿cómo el Hijo de Dios pudo estar todo entero en el seno de su Padre, y sin embargo estar tambien todo entero en el seno de la Virgen? Antes de su Ascension, viendo se entristecian sus Apóstoles porque les habia dicho que se iba á su Padre, les prometió que no dejaria de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos.... Luego á Aquel que se fué á su Padre con el cual está siempre, y que sin embargo se quedó con sus discípulos, no le ha sido imposible conservar su Cuerpo glorioso en el cielo y hacer que en la tierra participemos del Sacramento de su Cuerpo.» Estas palabras son un monumento de la fé del

siglo XI acerca de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, aun antes de que Berengario hubiese turbado la Iglesia acerca de este punto. Por último, y volviendo á los sectarios de que hablábamos, obrando la gracia en sus corazones, se postraron en tierra pidiendo humildemente misericordia. El obispo los consoló y les dijo que si detestaban sinceramente sus errores, él les aseguraba del perdon de sus pecados.

San Romualdo continuaba granjeándose en Italia la estimacion y respeto de todos por los mismos medios de que se valia para ocultar su mérito (1). Habiendo manifestado en la córte imperial los conocimientos proféticos con que le favorecia el Señor, especialmente para disponer á los reyes de la tierra á comparecer ante el tribunal del Juez Supremo, se sepultó en una península retirada de la Istria, en la que levantó desde luego un monasterio. Mas muy pronto no pareciéndole aún esta casa bastante humilde para él, puso en ella un abad y se encerró en una celda de recluso. Logró allí del cielo los mas distinguidos favores: el Espíritu Santo le comunicó un don tan escelente de ciencia y de profecía, que ni se le ocultaban las cosas futuras, ni muchos de nuestros misterios incomprensibles, agregándose á este conocimiento tal don de lágrimas, que no se atrevia á decir misa en público. Muchas veces, cuando estaba entregado á la contemplacion, dejaba escapar unas palabras superiores á todo lenguaje mortal, cayendo en unos éxtasis de amor divino, que no le era posible disimular ni contener.

Suplicáronle los religiosos de los demas monasterios suyos que se dignase edificarlos tambien á ellos con sus ejemplos y con sus instrucciones, y accedió á sus ruegos con tanto mayor gusto, cuanto que veia que le prodigaban ya demasiados honores en

(1) *Sacc. VI. Bened. pag. 296.*

aquel sitio de la diócesis de Parenzo, donde no llevaba mas de tres años. Alarmado el obispo cuando llegó á su noticia el primer rumor de esta determinacion, publicó un edicto amenazando con la pena de destierro á cualquiera que diese al Santo una barca para su viaje. Llegaron entretanto dos barquichuelos extranjeros, que se disputaron como una gran fortuna la dicha de recibir al siervo de Dios y le condujeron á Caorla. Pasó á su monasterio de Bifoleo, cuyo edificio le pareció demasiado magnífico, y no habiendo podido hacer se variase, pidió á los condes de Camarino que le diesen un parage donde poder retirarse, y estos le ofrecieron gustosos todas las tierras de sus Estados. Eligió un sitio muy retirado llamado Val-de-Castro, rodeado de montes y selvas, en el que se estendia una llanura fértil y cubierta de arroyuelos. Enamorado de esta soledad, edificó en ella muchas celdas, se estableció allí con un gran número de discípulos y recogió frutos increíbles en aquellas inmediaciones. Acudían á él gentes de todas partes, abrazaban la penitencia, distribuían los bienes á los pobres y renunciaban todas las cosas de la tierra por tomar el hábito monástico. Pero lo que mas se admiró y con justa causa, entre tantos frutos de salvacion, fué el arrepentimiento de una multitud de simoniacos esparcidos por todo aquel pais, en el que apenas se habia mirado hasta entonces la simonía como pecado; «porque esta llaga venenosa (dice el piadoso y sábio Pedro Damiano que refiere todos estos sucesos en su historia de San Romualdo) es tan difícil de curar, especialmente en los obispos, que costaria menos trabajo triunfar de la obstinacion judáica.»

Romualdo mudó todavia muchas veces de habitacion, y fundó otros varios monasterios, buscando en todas partes la oscuridad que no podia hallar en ninguna. Por esta razon, luego que formaba una comuni-

dad, nombraba en ella un superior y pasaba al punto á establecer otra nueva. Pero la Divina Providencia se valia de este medio para que sin dejar de ser solitario fuese modelo y apóstol de mayor número de fieles. Nunca hizo mas conversiones que en la profunda soledad de Sitria en la Umbria, donde permaneció siete años encerrado guardando un silencio apenas interrumpido, y aun parece que se opuso el cielo á la resolucion que este apóstol solitario habia tomado de comunicar el Evangelio á los infieles de la Panonia. Podemos de aquí inferir cuánto interesa el no dejarnos seducir por los principios de algunos hombres que no tienen mas que la apariencia de sábios, y convencernos al propio tiempo de que la santa quietud y la aparente inaccion de los solitarios no son menos útiles á la Iglesia que los trabajos y todas las funciones exteriores del apostolado. En efecto, Romualdo emprendió su viaje á Panonia; pero le acometió una enfermedad rebelde que le detuvo mucho tiempo en la frontera de aquella vasta provincia. Cuando desmayaba de su proyecto, principiaba á convalecer, y al punto que volvía á su idea recaía. Así es que conoció por fin que contentándose Dios con su buena voluntad no queria que llevase á cabo su proyecto.

A su regreso á Italia se alojó cerca del castillo de un tal Rainiero, hombre poderoso, que fué despues marqués de Toscana, y que celebró como la adquisicion mas preciosa tener en sus Estados á un hombre tan santo. Mas sabiendo Romualdo que este cristiano inconsecuente, despues de haber desechado á su esposa bajo pretexto de parentesco, se habia enlazado con la viuda de un pariente suyo, rehusó recibir de él cosa alguna sin pagarla porque no pareciese que aprobaba su conducta. No causó tanta admiracion á Rainiero esta santa firmeza como su propia timidez y condescendencia, de modo que no se entendía á sí mismo y es-

clamaba frecuentemente: «Yo no sé qué tiene para mí este Romualdo: no hay soberano ni persona alguna viviente que me cause tanto terror. No hallo escusa para él y ni encuentro palabras para esplicarme en su presencia.» En efecto, por un don visible del cielo, este solitario destituido de todas las cosas que llaman la atencion del mundo, tenia tal ascendiente sobre los pecadores, y en especial sobre los grandes del siglo, que temblaban delante de él, como si se les representase de un modo visible la magestad divina.

A pesar de esto, un monge perverso llamado Roman, se atrevió á ultrajarle, llegando al extremo de denigrarle con una calumnia atroz. Queriendo el santo abad corregirle con la severidad que merecia un monge de costumbres impuras, le atribuyó el culpable un delito de la misma clase. La ancianidad del santo y su cuerpo estenuado demostraban ya bastantemente la impostura de semejante acusacion; pero permitió el Señor, para acrisolar la virtud de su siervo, que creyesen la calumnia hasta sus propios discípulos, quienes le prohibieron que celebrase los santos misterios. Sujetóse á esta sentencia como si en efecto fuese delincuente, y estuvo seis meses sin acercarse al altar. Por fin, en una de aquellas revelaciones en que, por decirlo así, hablaba el Señor cara á cara con él, le mandó bajo pena de perder su gracia, que abandonase una simplicidad tan excesiva y celebrase sin ningun temor. Hízolo así al día siguiente, y mientras celebraba el santo sacrificio tuvo un éstasis que demostró á todos los circunstantes cuán digno era de los favores de aquel que solamente mora en las almas puras.

Fundó despues de este suceso el monasterio de Camaldula, que fué uno de sus últimos establecimientos y que logró mas fama que todos ellos. Tomó el nombre del

sitio donde le levantó, que se llama en latin *Campus Malduli*, y está situado en la diócesis de Arezzo en medio de los montes mas ásperos del Apenino. Riéganle siete fuentes que le hacen sumamente fértil, y forman un contraste admirable con la multitud de rocas áridas que en cierto modo le sirven de muralla.

Mas sin embargo San Romualdo no quiso exhalar allí el último aliento. Habia profetizado á sus discípulos veinte años antes de morir, que finaria sus dias en el monasterio de Val-de-Castro; así que se trasladó á él luego que conoció que se acercaba su última hora, ordenando que le construyesen una celda separada con un oratorio para encerrarse en ella y guardar el mas profundo silencio hasta la muerte. Dispuesto ya su retiro, sintió que crecian sus males, y en especial una opresion de pecho que le atormentaba ya por espacio de seis meses; mas no por esto disminuyó en nada el rigor de sus ayunos, ni las demas austeridades con que atormentaba su cuerpo. Cuando estaba próximo á espirar, mandó á la caída de la tarde á dos hermanos que se hallaban presentes, que saliesen de la celda, que cerrasen la puerta y no volviesen hasta el amanecer. Érales muy sensible obedecer este precepto, y en vez de irse á acostar quedaron á la puerta escuchando con atencion, y al cabo de un breve rato no oyeron ya las oraciones continuas que hacia el Santo, ni advirtieron movimiento alguno. Abrieron pues al punto, y despues de haber tomado una luz, se acercaron á él y le encontraron tendido boca arriba sin respiracion y sin vida á 19 de junio del año 1027, en cuyo día principió cinco años despues á ser honrada universalmente su memoria. Obró durante este corto tiempo tantos milagros en su sepulcro que sus monges consiguieron entonces de la Santa Sede el permiso de erigir en él un altar, lo que era un modo de